

FIERRO

FRANCISCO NARLA

# FIERRO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: noviembre de 2019

© Francisco Narla, 2019  
© de la presente edición: Edhasa, 2019  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6350-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 21590-2019

Impreso en España

Lector, librero, periodista, editor... Gracias, gracias una vez más por darle una oportunidad a mis cuentos, espero no defraudarle.

*Para Rosalía, la niña que duerme sobre una cascada y tiene como amigos a un perro cojo y a un gato tuerto. Bienvenida.*

-PRIMER CANTAR-

# EL SILO DE ALARCOS



Lo llamaban Fierro. Y mentían.

Su verdadero nombre era agua pasada. Y allí el pasado se pagaba caro.

En la frontera no se preguntaba, las respuestas tenían la maldita costumbre de ser tajos de un palmo que aireaban las tripas. Era un pedazo indeciso de tierra maldita. Un erial dejado de la mano de Dios donde se condenaban los que no tenían otra elección: la frontera o el infierno. Allí acababan los desahuciados, los ilusos, los que escapaban de la horca y un puñado de malnacidos que, en lugar de ganárselo, robaban el pan. En la frontera se refugiaban los desechos de aquella guerra interminable.

Y él era uno de ellos.

Espigado y curtido. Un manojo de cordeles tiesos. De guedejas canas y barba revuelta. Con ojos azules, clareados por los años y el miedo. Renqueaba y, para caminar, se ayudaba de una vara. Cuando amenazaba tormenta, se le arredraban los huesos. Y tenía la impenitente manía de sacudirse las calzas a todas horas.

Además, se hacía viejo.

Lo acompañaba un chucho de mil leches con algo de bodeguero y mucho de sarnoso. Un animal sin gracia cuya única virtud era la lealtad de su mirada.

Bajo un cielo encapotado, preñado de agua, el uno y el otro se afanaban con las abejas. Y el renco mascullaba entre dientes apretados.

Había encontrado cagajones de ratón en los panales y, tras levantar otra colmena, se llevó el disgusto de descubrir que tenía las trazas de haberse vuelto una inútil zanganera, buena para nada. Otras estaban desencajadas, a unas pocas les entraba el agua si llovía, algunas no miraban al mediodía y unas cuantas ni siquiera tenían enjambre, sólo telarañas. Suponían una colección mísera, mal repartida en tablones sujetos con pedruscos.

—¡Cagüen los bailes de san Vito! Si esto sigue así —le bufó al perro—, para la siega vamos a recoger un cucharón de miel y tres arrobas de cagarros...

Pese a estar bien entrada la Cuaresma, el calor no llegaba. Las abejas andaban todavía atontadas, despabilándose del invierno. Y la lluvia no cesaba, como si tanto aguacero quisiera lavar los pecados de la frontera.

Fierro sacudió su mentón huesudo. El poco vellón que ganaba salía de la venta de la cosecha, y la temporada, otro año más, se presentaba calamitosa.

Pese a tan pobres augurios, no desfallecía. Tozudo, dedicó la mañana a reparar una de las colmenas, desarmada durante los últimos ventiscos. Le quedó coja, y la piquera para que entrasen las abejas, más alta de un lado que de otro. Aun así, la dejó junto a las demás, con la pobre esperanza de que, en cuanto asomase el calor, tendría ocasión de cebarla con trozos de panal y una reina joven, para que enjambrara.

También limpió las malas hierbas de los alrededores. Y echó un vistazo, no fuera a encontrar la madriguera de algún tejón goloso. Todo para que aquel colmenar miserable aparentara algo más de lo que era: un vergoñoso intento de quien no sabía qué diantres hacía.

No era el trabajo de alguien con mañas. Aun así, él porfiaba. Por ella.

A ella le encantaba la miel, y eso le bastaba para empeñarse temporada tras temporada.

Al poco, la lluvia, refugiada entre nubes cenicientas, se desparramó una vez más. El cielo se abrió para encharcar la tierra enfangada y tanto el hombre como el animal quedaron calados hasta los huesos. Y el agua tibia se le escurrió por el cogote y le peinó el espinazo.

Sintió un escalofrío. Se quedó donde estaba.

Por un momento, regresó al silo de Alarcos.

Todo había sido culpa de aquel cabrón con pintas de Castro, a quien el diablo estuviera haciendo tragar pez hirviendo. De no haber sido por aquel vendido, otro gallo cantaría. Habría cobrado la soldada, habría pedido la dispensa y se hubiera ido al norte, muy al norte, lejos de la guerra. Con ella.

Aquel malnacido había dado la orden:

—Al hoyo con él...

Aún resonaba en su cabeza.

Casi sintió aquel frío. Casi oyó de nuevo los lamentos de los heridos. Casi, también, las burlas de los guardias.

Se había ido todo al carajo. Ahora sólo tenía las colmenas. Las colmenas y sus recuerdos.

Cuando el perro gañó, preocupado por el trance de su amo, Fierro reaccionó. Espantó con un gruñido aquella pesadilla y, para ampararse, se caló una vieja cofia colchada en la que, pese a los años, aún se veían restos de robín del yelmo.

Resolvió concluir la jornada y llegarse a la casa para combatir el relente del aguacero con algo de puchero.

Ante él, como una marejada de hierba, se extendía una sucesión de pobres praderías encerradas entre montañas lejanas. Tierras gredosas que sólo daban pasto a ovejas esmirriadas. Al norte, la muy cristiana Toledo, abrazada celosamente por el Tajo. Al mediodía, la sierra, donde campaban infieles mahometanos entre las pilas de calaveras bautizadas que apiñara el malparido de Almanzor. Ésa era la frontera. Una franja cuajada de castillos que habían cambiado de manos demasiadas veces. Un ancho valle por el que el Guadiana se desparramaba en panta-



nos y humedales donde se agarraban calenturas que lo dejaban a uno listo para entrevistarse con san Pedro. Aun así, desde la masacre de Alarcos, ése era su hogar.

Y Fierro conocía bien su hogar; por eso, cuando el chucho se paró a olfatear junto a una higuera raquítica, no se sorprendió.

—¡Cagüen en el flequillo de san José! Te haces viejo más rápido que yo —le dijo con desgana—, lo he visto antes de que lo olfatearas. Ya no aventuras ni tus propios cuescos. ¡Carajo! Deberías lamerte menos el culo y andar más atento...

El chucho no respondió, siguió olisqueando la hierba empapuzada. Y en el rostro de su amo, tras observar las huellas, se astilló el entrecejo.

En la frontera había recovecos para guardar ilusos. Familias que todo lo habían perdido buscaban fortuna en aquellos lares sin dios, rey o patria. Pastores, moros o cristianos, todos muertos de hambre, que se jugaban el pellejo trashumando en busca de pastos. Buhoneros, y algún juglar a quien habían prohibido pisar Burgos y cuidarse de arrimar los hocicos a Ávila. En todas aquellas yugadas de páramos había gualdraperos, talabarteros, un par de herreros, un puñado de alimañeros, docenas de huérfanos que se las apañaban como esportilleros, algún calatravo perdido que echaba de menos las glorias del abad de Fitero, ciertas posadas de escasa reputación y abundantes chinches, su buena palada de putas desaliñadas y más de un ermitaño que esperaba encontrarse con su creador a base de jaculatorias.

Pero ninguno de esos ilusos había dejado aquel rastro.

También había cuatrerros, de los que eran capaces de vender las muelas de una madre por un cordero sin roña y la quijada completa por una oveja preñada. Estafadores que prometían sardinas del señorío de Vizcaya y vendían jureles mal salados. Y más de un ható de contrabandistas, que nada sabían de los pagos a la hacienda del rey y que tanto les daba mercar

guadamecías cordobeses que estaños de Compostela, cualquier cosa mientras reluciese la plata; hacían negocio porque al último almotacén al que se le había ocurrido descolgarse más allá del Tajo con su juego de pesas y medidas lo habían encontrado en cueros, al pie de un almendro partido por un rayo, con el gazzate abierto de oreja a oreja.

Pero tampoco eran las huellas de un grupo de facinerosos. Eran de otra calaña. De la peor.

Parecía el rastro de quienes se ganaban la vida con la muerte ajena. De las partidas que hacían negocio con fugitivos y desertores. Cuitados todos, moros y cristianos, los unos acababan con el dogal al cuello, los otros, despellejados.

Bajo la lluvia que arreciaba, se agachó asiéndose a la vara y estudió las huellas. Aquellos asuntos se le daban mejor que las colmenas.

Pronto distinguió las pisadas de cada caballo, también las del mulo de carga.

El chucho se arrimó y, mientras cavilaba, Fierro le echó una limosna de cariño rascándole tras las orejas.

Estaban empapados. Aunque no le importaba, le gustaba la lluvia. Le recordaba los montes de su infancia y espantaba los demonios del desierto, los mismos que a veces venían a buscarlo de anochecida.

Resolvió que no había por qué inquietarse. Al fin y al cabo, él ya estaba muerto para los suyos.

Y se equivocó.

Su pasado cabalgaba hacia él. Con la espada al cinto. Escribiendo maldiciones.

En una vaguada, a su buen trecho desde la solana del colmenar, se mantenía en pie, casi por puro milagro, un antiguo puesto de guardia venido a menos.

Muchos habían perdido la vida por defenderlo y de nada había servido. Allí seguía, olvidado en tierra de nadie, comido por el viento, azotado por la lluvia y resecaado por el sol. Así se lo había encontrado Fierro.

Era una mistura de las dos fes. Entre los escombros se distinguían trazas infieles, y también lo que quedaba de los apaños de algún carpintero que se habría acordado de san Judas al escacharse el pulgar con el martillo. Tenía un corral desvencijado, un establo destartalado, los restos de una noria de mulo y cuatro paredes de puzolanas mal asentadas. Algo había hecho él por sacarlo de la ruina, pero el resultado era pobre de solemnidad. No había allí un solo dintel derecho y el único gozne que no chirriaba era el del portón del altillo, que llevaba cerrado desde que se instalara. Además, bajo aquel chaparrón, con la luz de cirio que dejaban pasar las nubes prietas, su aspecto era aún más desdichado.

Pero allí dentro había unas brasas y, sobre las brasas, un caldero con restos de conejo y los primeros espárragos de la temporada, lo justo para sacarse de los huesos el húmedo frío.

Por costumbre de los viejos tiempos, Fierro llegó dando un rodeo. Desde una loma gastada que oteaba a poniente, avanzó contra el viento, que convertía en sonajeros las vainas de los algarrobos.

El primero en enterarse fue el chucho, que se inquietó cuando aún les faltaba un trecho como el de tres pedradas. Y Fierro se fio. Lo obligó a detenerse con un gesto y ambos se refugiaron entre los árboles, para ver sin ser vistos.

Un cosquilleo en el cogote, la voz de su veteranía, le susurró que más le valía ser precavido.

Oyó un murmullo de voces ahogadas por la lluvia, el bufido de protesta de un jamelgo, chapoteos. Al poco, aparecieron rodeando las ruinas los caballos, junto a un pequeño mulo cargado de pertrechos. Los dueños de las huellas.

No le hizo falta más que un vistazo para catar a los jinetes. Vestían lorigones de cuero, tabardos recios, espadas ceñidas, escudos con blocas. Se cubrían con almófares de malla gastada, de los que ya ha visto combate; y los traían sobre los hombros, con la cofia anudada al cuello, como se solía tras las batallas vencidas. Calzaban botas altas, de las que llamaban huesas, y todas cargaban leguas. Y sus monturas eran pequeños caballos moros robados en alguna cabalgada.

No le hacían falta pendones ni estandartes, bastaba una ojeada. No eran leoneses ni navarros, tampoco aragoneses. Eran hombres de Castilla.

Convencido de que hasta allí no podía haberles llevado otra cosa que buscar un lugar donde resguardarse, Fierro pensó en marcharse para dejarlos husmear a su antojo. Volvería dentro de un par de días, una vez aclarado el panorama. Sin embargo, se detuvo en seco cuando salió tras la esquina el hombre que los comandaba.

Era su pasado. Y Fierro lo reconoció al instante.

Montaba un rucio malcarado de ancas finas con cicatrices de lanzadas. Cuatro castellanos y un leonés, ése era el saldo.

–Se nos acabó la suerte –murmuró al perro.

No estaban allí por casualidad. No se trataba de cazadores de esclavos ni de bandoleros de paso. Tampoco eran mensajeros. Eran mesnaderos del rey.

Y supo que habían venido a buscarlo.

Desde antes de la Natividad, la frontera había estado reuelta. Unos iban, otros volvían.

El castillo de los calatravos de Salvatierra había caído durante la siega. El Miramamolín había abandonado la Ciudad Roja con ganas de cobrarse venganza y tal vez buscaba robar de nuevo las campanas de Compostela. Y en el bando cristiano tampoco se respiraba calma chicha: había oído en la venta del hebreo que el infante Fernando había muerto; según se contaba, el rey, más que enlutado, andaba rabioso.

En las villas se hacían vigiliass, se anudaban los estandartes, se preparaban las milicias. Los curas arengaban en sus homilías. Los sayones reclutaban, a las buenas o a las bravas. Una vez más aquella guerra interminable se recrudecía. Una vez más se vertería sangre cristiana. Pero ésa ya no era su guerra.

Negó sacudiendo el mentón.

—¡Cagüen...! Tenía que pasar. Tanto ir y venir, tanto barullo. Antes o después, tenía que pasar —chistó con resignación—. Te dije que pagaríamos lo de ese mequetrefe... ¡Dita sea! No teníamos que habernos entrometido.

Volvió a negar.

—¡Qué carajo! A fin de cuentas, todo esto ha sido de prestado... Más se perdió en Sagrajas.

El chucho simplemente se sacudió con fuerza, intentando secarse las greñas empapuzadas.

Por unos años, había logrado vivir en paz, sin más apuro que cuidarse de almogávares descarriados. Pero se había acabado.

Aprovechando que sus mesnadas se movían, la justicia del rey venía a buscarlo con la soga lista.

Al jaque que montaba el rucio lo conocía bien, demasiado bien. Era un mercenario de Carrión que había peleado bajo todos los pendones imaginables con la única condición de que la paga fuera buena. Uno de los muchos que, en aque-

llos tiempos convulsos, hacían virtud de la espada para ganarse el pan corriendo contra el moro, ya fuera defendiendo a los de Ávila, al obispo de Toledo o al conde de Barcelona.

Uno más de muchos, pero uno peligroso.

Y lo sabía bien, porque eran amigos.

Juntos habían conocido glorias. Juntos había sufrido penurias. Incluso habían compartido tienda durante quién sabía cuántas cabalgadas en tierra de infieles. En tiempos, ambos había sido atajadores bajo la bandera de Castilla.

Fierro supo que no merecía la pena poner tierra de por medio. Si había venido a buscarlo, antes o después lo encontraría.

Miró al perro.

–No pongas esa cara de puta sin paga. Ya lo sé, carajo –reconoció con fastidio–. Ya sé lo que ella hubiera dicho, ¡ya lo sé!

El chucho se pasó la lengua por el hocico.

–Con el pecado va la penitencia. –En su tono arrastraba pena empujada por recuerdos–. ¡Cagüentó! Eso es lo que hubiera dicho... Con el pecado va la penitencia –repitió–. Lo sé, lo sé muy bien, mejor que tú...

No la olvidaba. Ella, sus frases, sus gestos. Incluso aquel aroma a pan recién hecho.

–¡Cagüen las profecías de Jeremías! No queda otra: o plantamos cara ahora o pasaremos la vida de reajo en reajo.

Si escapaba, Ruy de Carrión lo encontraría. Si huía, tendría que ocupar su vida en cuidarse las espaldas.

Además, si lo hacía, no se lo perdonaría. Jamás.

Renegó. Si había que dejarse atravesar los higadillos con una toledana, era mejor allí y ahora, bajo el cascabeleo de los algarrobos, empapado por los cántaros que caían del cielo. Y no emboscado por la espalda.

–A la muerte se le da cara –espetó al chucho.

Abandonando toda precaución, fue a su encuentro.

Se tiró de las calzas y echó a andar hacia lo que era una muerte segura. De frente, con la cabeza alta.

Bastaron apenas unos pasos más allá de los algarrobos. Los otros andaban atentos y el más joven, apenas un muchacho, fue el primero en percatarse. Lo señaló con una mano empapada y dio la voz.

No le rezó a ningún santo porque hacía tiempo que su fe se había ido a tomar viento, pero Fierro fue echando sus cuentas. Se fijó en cómo montaba cada cual, buscando a algún zurdo que fuera a pillarlo con la guardia cambiada.

Cinco. El de Carrión, con la mano descansando en el pomo de la espada, lista para catar sangre. Dos más que, de tan parecidos, a la fuerza tenían que ser hermanos y, por su aspecto, bragados. Otro con pinta de buey, ancho como un cepo, de cuello corto y ojillos perdidos bajo una frente que recordaba un berrocal. Y, por último, el criaño crecido que, por la expresión cuajada en su rostro, sabía muy bien que hacia ellos caminaba uno de los muertos de Alarcos. Aquel que, de entre tantos, había sido elegido para colarse en los almacenes de virotos que los moros tenían en Córdoba. El mismo que había sido enviado allende el estrecho.

Cinco hombres armados, guarnecidos y duchos en combate contra un tipo con una vara acompañado por un chuchito mugriento. Aunque descontase al muchacho, que parecía verde, no había que estudiar las tres reglas para echar la cuenta.

Tenía las de perder.

Lo esperaron en un corrillo, a la entrada del puesto, sin más boato que un rebuzno que dejó escapar el mulo. La desconfianza crujía en el entrecejo de Fierro; sin embargo, cerró distancia y se metió de lleno en el cerco que hubiera cubierto una ballesta.

Si tenía que ser, sería. Pero alguno iba a dejarse las tripas allí mismo para que los cuervos no pasaran apreturas.

En breve estarían tan cerca como para que una espada cubriera fácilmente el trecho. Y ellos llevaban ventaja por la altura de sus monturas.

No hacía falta mucho. Una finta y un tajo. Una arrancada del caballo y segar como un guadañero. Lo tenían todo a favor.

Fierro se preparó, convencido de que el primer envite vendría del bigardo con cara hosca. Parecía el más inquieto.

Dio un paso más. Echaba desconfiados vistazos de reojo, listo para reaccionar.

El chucho seguía a su lado, sin mostrar preocupación alguna.

–¡Alabado sea el cielo! –exclamó Ruy de pronto.

Sólo se oía el pertinaz repiqueteo de la lluvia. El calor de los caballos desprendía vaharadas como encajes flamencos.

El mulo movió las tripas con escándalo y desahogó la última ración allí mismo, cediendo generosamente su abono a los hierbajos.

Ruy dejó escapar una carcajada.

–O por aquí se aparecen las ánimas o va a resultar que los rumores eran ciertos –espetó con el tono amigable de quien comparte una jarra de vino en la taberna–. ¡Estás vivo!

Descabalgó con soltura y se echó hacia Fierro con los brazos abiertos.

–Por los clavos de Cristo, ¡vivo! Cuesta creerlo, pero aquí estás, ¡vivo! Y no sabes cuánto me alegro de verte.



Esperaba hierro y sangre, no un convite a vino y lechazo asado. Incluso uno de los hermanos parecía haberse echado a rezar agradecido mientras se santiguaba, como ante una aparición. Todos sonreían, como recién salidos de misa del Gallo.

Fierro no dejó entrever el renuncio.

El chucho se tumbó a su lado. La lluvia arreció.

No dijo nada.

—Aquí estás —afirmó Ruy con una sonrisa bailando sobre sus dientes escasos—, viviendo como el mismo san Fructuoso. ¿Acaso te has hecho ermitaño? No pensarás soltarme una parábola, ¿eh? —preguntó con sorna, bajando los brazos, un tanto cohibido por el ceño fruncido—. Si empiezas a predicar me dará un aire...

A un gesto de Ruy, sus hombres desmontaron. Se movieron confiados, dándole la espalda sin problemas, y se repararon junto a la casa.

Por más que buscó, Fierro no encontró ni el menor indicio de que se prepararan para ensartarle las tripas. Y tampoco el chucho pareció preocuparse. Enseguida trotó hacia el muchacho, que, embobado, seguía mirando a Fierro.

—¡Vamos! No me irás a decir que aquí cobran por saludar a un viejo compadre... ¡Por las sandalias de nuestro señor Jesucristo! Pues si hay que pagar, se paga —aseguró Ruy jovialmente, al tiempo que hacía tintinear monedas en su faltriquera—. ¡Por Santiago! ¡Cómo me alegro de haberte encontrado! Te daba por muerto, ¡todos te dábamos por muerto! Lo últi-

mo que supimos fue que eras uno de los que acabó en el silo de Alarcos.

Dio Ruy unos pasos más hacia Fierro, que se mantuvo impertérrito. No las tenía todas consigo.

Había advertido que a uno de los hermanos le faltaban dos dedos de la izquierda. Que el bigardo de cejas prominentes cargaba más en una pierna que en la otra. Y que el muchacho, ajeno a todo, se agachaba para acariciar la cabeza del chucho.

Asió la vara y se preparó. Era un bordón de fresno ahumado como el de los peregrinos a Compostela. Lo ayudaba a caminar, pero también podía ser un arma formidable.

Sólo le preocupaba Ruy.

A los demás los podía apiolar sin salir malparado, pero había visto a Ruy desmenuzar dos tablados con una sola lanzada. Sabía que, a pie o cabalgando, con espada o con lanza, era un enemigo que tener en cuenta.

Sin perder aquel aire risueño, Ruy siguió acercándose.

—Hace unos años, pese a la tregua, corrimos una cabalgada para parlamentar con los calatravos de Salvatierra —explicó, señalando vagamente al sur—, y entonces oí por primera vez la historia de un tipo que vivía solo en las vaguadas del Jabalón. Pero, ni aunque el mismo diablo me lo hubiera susurrado al oído —recalcó llevándose un dedo a una oreja aplastada por viejos golpes—, se me hubiera ocurrido que se trataba de ti. Aventé que era otro desgraciado más que no tenía donde caerse muerto. De esos abundan en los últimos tiempos, más desde que se perdió el castillo; andan en desbandada, huyendo de un lado a otro como ratas...

Advirtiendo la aspereza del semblante, Ruy se detuvo frente a su amigo un pelo más allá de la distancia que cubría la vara. Y, por si las moscas, apoyó la mano en el pomo de la espada; una pieza sin adornos, de arriaces sencillos, con dentadas que daban fe de combates pasados. No era la espada de

un rey aparentando en la retaguardia mientras discute estrategias con el obispo de turno. Era el arma de un hombre que sabía cómo usarla, de un hombre que ya la había usado.

—... Algo después, tuve que ir a Úbeda, donde el rey tiene un moro confidente —continuó con un guiño pícaro—, y allí me enteré de lo de la hija del albardonero.

Al oírlo, Fierro entrecerró los ojos. No había sido capaz de contenerse. La pobre cría había salido muy mal parada.

—No debí hacerlo —habló Fierro por primera vez, dejándose llevar por el resentimiento.

—Oh, ¡vamos! Éstas no son tierras del rey —repuso el otro, como si fuera quién de hacerse cargo del asunto—. Y ya que estamos, tampoco del Miramamolín, mal rayo lo parta. Aquí de nada sirve el Fuero Viejo, aquí no hay ley...

Parecía una invitación a despreocuparse. Pero el cojo sabía demasiado bien que, en la frontera, bastaba una única ley: la del hierro. Y los cachorros del maldito veguer tenían hilos de los que tirar.

No había podido evitarlo. Recordaba bien a la muchacha. Una chiquilla asustada, cubierta de sangre, plagada de moratones. Al cuidado de un viejo moro renegado que masticaba altramuces de par en par, un tal Abengalbón al que acudían todos los fronteros para los remedios de sus hierbas, ungüentos y cataplasmas. Allí no había maestros de llagas, mucho menos mencales con que pagarlos. No les quedaba otra que dejarse hacer por aquel agareno medio loco que decía haber estudiado en Córdoba, aunque, a juicio de cualquiera con dos dedos de frente, lo único que aquel condenado moro había guardado en su dura cabeza era el fondo de las jarras de vino que servían en las tabernuchas que hacían negocio entre el Guadiana y los montes Marianos.

Fierro había ido a buscar caña de la que llamaban de Oriente para preparar almíbar con el que ayudar a sus pobres abejas, que ya entonces pasaban apreturas por culpa de

sus pocas mañas. Y allí, entre las alfombras que Abengalbón juraba venidas de la mismísima Bagdad, se había encontrado con la madre llorando a lágrima viva y el padre mesándose las barbas.

Ni siquiera le había hecho falta preguntar. Mientras el moro intentaba recomponer a la pobre muchacha bajo la luz de los candiles, el padre se había explicado con angustia. Que si el veguer, que si de cacería con sus halcones, que si la muchacha apareció por allí, que si el título obligaba.

Bastó.

Y Fierro debió recoger su mandado y marchar, sin volver la vista atrás. Sin embargo, aquella pobre muchacha, vejada, apaleada, rota la juventud, se lo quedó mirando.

Lo miró por encima del moro que se afanaba con el agua de rosas, las vendas y la aguja enhebrada con largos cabellos para coser los tajos de un puñal afilado. Lo miró tras ojos velados por el terror. Y, cuando el melero la miró a su vez, no sólo vio a la muchacha, también la vio a ella. Incluso olió aquel aroma a pan recién hecho.

No pudo evitarlo.

Aquel rostro. Aquella inocencia marchita antes de tiempo. Como en Alarcos.

Apenas dos semanas después, el veguer y sus hombres aparecieron destripados en el camino a Valencia, no lejos de donde trotara Babieca con el Cid a cuestas.

Sólo se salvaron los halcones. Y un crío. Un zagal que no podía haber tenido el cuajo de violar a la muchacha, porque aún lucía mejillas lampiñas y porque su único conocimiento de los pecados contra el sexto mandamiento no iba más allá de lo visto en los corrales. Al chico lo dejó marchar. A las rapaces las liberó en las sierras del camino.

Supuso que, pese a sus promesas, aquel muchacho había soltado la lengua.

Rechistó entonces y preguntó:

–¿Venís pagados por los bastardos de ese mequetrefe?

–¿El veguer? Oh, no, no. En absoluto –repuso Ruy, conciliador, ensanchando una sonrisa de dientes maltrechos–. Eso no es asunto mío. Ni me incumbe. Ya verá el muy católico rey Pedro de Aragón si le place inmiscuirse... Además, en lo de esa muchacha, a mí me va una higa. Ella se lo buscaría. Si una cualquiera aparece donde no debe, ya sabe a lo que está expuesta. No somos de piedra... No hay fuero que castigue a un hombre por algo así, ni en Cuenca ni en Burgos. Para mí que el veguer hizo bien...

Fierro asió con fuerza la vara y apretó los dientes.

–... Además, a mí me ha sido útil. De no ser por las ansias de coyunda del veguer, no habría dado contigo –aclaró con desenfado.

Se miraron por un instante.

–Supe que habías sido tú –anunció con lo que pareció alegría sincera–. Recordé lo oído en Salvatierra y tuve una corazonada. ¿Qué otro hubiera podido hacerlo? Entrar y salir así, como una sombra, sin que nadie le diera el alto... ¿Quién más hubiera hecho algo así por la hija descocada de un albardonero? ¡Un albardonero! Si no tiene dónde caerse muerto...

Los ojos de la muchacha eran verdes. Como los de ella. Había encontrado en ellos la misma mirada. El mismo dolor.

Se observaron indecisos. Pese a su sonrisa, que no había flaqueado, la mano de Ruy seguía lista en la espada. Fierro tamborileó con los dedos en la vara.

–No, todo ese asunto me importa un bledo...

Y Ruy dejó escapar un suspiro, como si le cansase aclarar semejante obviedad.

–... Llevo buscándote desde... Por Santiago, desde hace ya no sé cuánto. –Sacudió la cabeza con incredulidad–. No, por mí los bastardos del veguer pueden dejarse picar la lujuria por un pollo, como dicen que hace el de Navarra con las

bubas de su pierna. No –insistió–, he venido para hacerte una proposición... Una bien distinta –remató con tono zalamero.

Fierro se tironeó de las calzas. El chucho se echó panza arriba para que el muchacho le acariciase la barriga y Ruy, animoso, le brindó una nueva sonrisa.

–Tú dirás...

El de Carrión se pasó la mano por la cara, arrastrando el agua que la cubría.

–Empiezo a estar harto de tanta lluvia. ¿Acaso no ofreces cobijo a un cristiano?

Fierro rumió lo hablado. Aún recelaba.

–Tú puedes pasar –repuso–. Los otros estarán mejor en el establo. Los caballos necesitarán atención.

Y, dicho esto, se encaminó a las ruinas sin volver la vista atrás.

El muchacho, que respondía al nombre de Tello, se vio solo de repente, en cuanto el chucho se echó tras los talones de Fierro.

Los dos hermanos señalaron el galpón que hacía las veces de establo. Tan malo era su estado que apenas serviría para librarse de la lluvia. Sólo conservaba un tejadillo desvencijado que cubría los antiguos pesebres. El bigardo echó una carcajada ronca.